

Re-Señas de Libros

Re-Señas de Libros

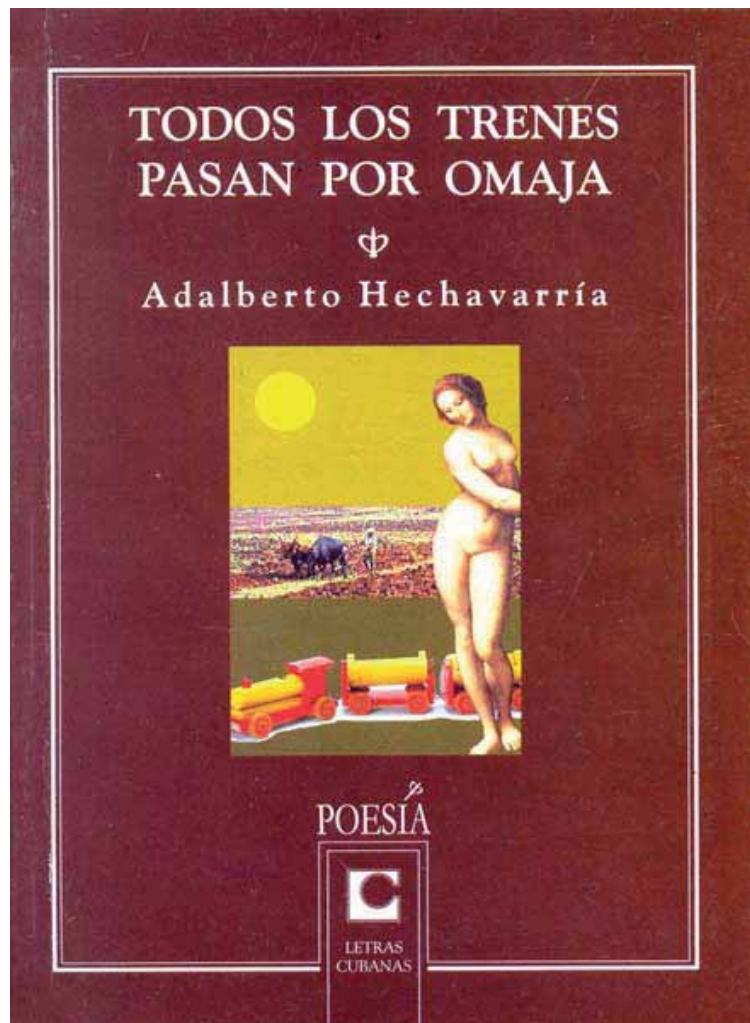
Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Hechavarría Alonso, Adalberto
Todos los trenes pasan por Omapa. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009. 83 pp.

El soneto, al igual que el resto de las formas métricas tradicionales del poema, sufrió un fuerte descalabro a raíz del inicio de los movimientos literarios de vanguardia en las primeras décadas del siglo XX, cuando a la rima se opuso el verso libre, la transgresión expresiva, la experimentación y la dislocación estructural del texto poético. Con posterioridad el coloquialismo y el conversacionalismo vinieron a arrinconar aún más los moldes clásicos que habían servido durante siglos para vaciar en ellos el discurso de la poesía.

La literatura cubana no fue ajena a aquel fenómeno y no obstante el carácter moderado de nuestro vanguardismo muchos poetas formados en la escuela de la tradición formal saltaron hacia manifestaciones expresivas sin ataduras. La poesía conversacional, ampliamente cultivada y promovida entre nosotros con posterioridad al triunfo revolucionario de 1959, contribuyó aún más a extender el criterio de que la estrofa clásica era un recurso ya obsoleto, tan descartable como las odas de Gaspar Núñez de Arce y las Doloras de Ramón de Campoamor.

A pesar de esas fuertes embestidas, la décima no dejó de ser utilizada tanto por los improvisadores y los poetas populares como por autores de mayor escala cultural, entre ellos Jesús Orta Ruiz (Indio Naborí) y Adolfo Martí Fuentes. De igual modo el soneto fue defendido por poetas de la talla de Eliseo Diego y Raúl Hernández Novás, entre otros, quienes insistieron en su validez y vigencia. Para así demostrar-



lo de nuevo ha salido ahora a la luz este volumen de versos de Adalberto Hechavarría, quien con anterioridad había dado a conocer los cuadernos *Herencia de la lumbre* (1992) y *Los arrecifes de la espera* (2006).

Sin embargo, debemos precisar desde el inicio que este autor mantiene verdaderamente una mayor fidelidad hacia el endecasílabo, pues al lado de sonetos de impecable factura tradicional nos presenta otros en los que se

omite la obligada rima. De cualquier modo, el norte elegido, por encima de sus ocasionales y permisibles oscilaciones, no deja lugar a dudas.

Llama la atención en sus poemas la elevada calidad de la expresión y el mesurado modo de manifestar las emociones. El poeta se complace en transmitirnos su experiencia existencial, no signada por acontecimientos de meridiana trascendencia, sino por la aguda observación de la vida en su cotidiano transcurrir, que puede abarcar tanto la imagen de los boyeros que regresan al

atardecer con la yunta y el arado, como la triste agonía de un humilde trinitense o la contemplación del humo que dejan los trenes a su paso. Esa mirada a lo que en apariencia podría resultar intrascendente, bien puede servir en muchas ocasiones para demostrar la sensibilidad poética.

Adalberto Hechavarría no oculta la atracción que lo lleva a elogiar el cuerpo femenino, de la cual pueden servir de buenos ejemplos los poemas “Cuando tersa tu piel boga indecisa”, que hace recordar algunos sonetos de

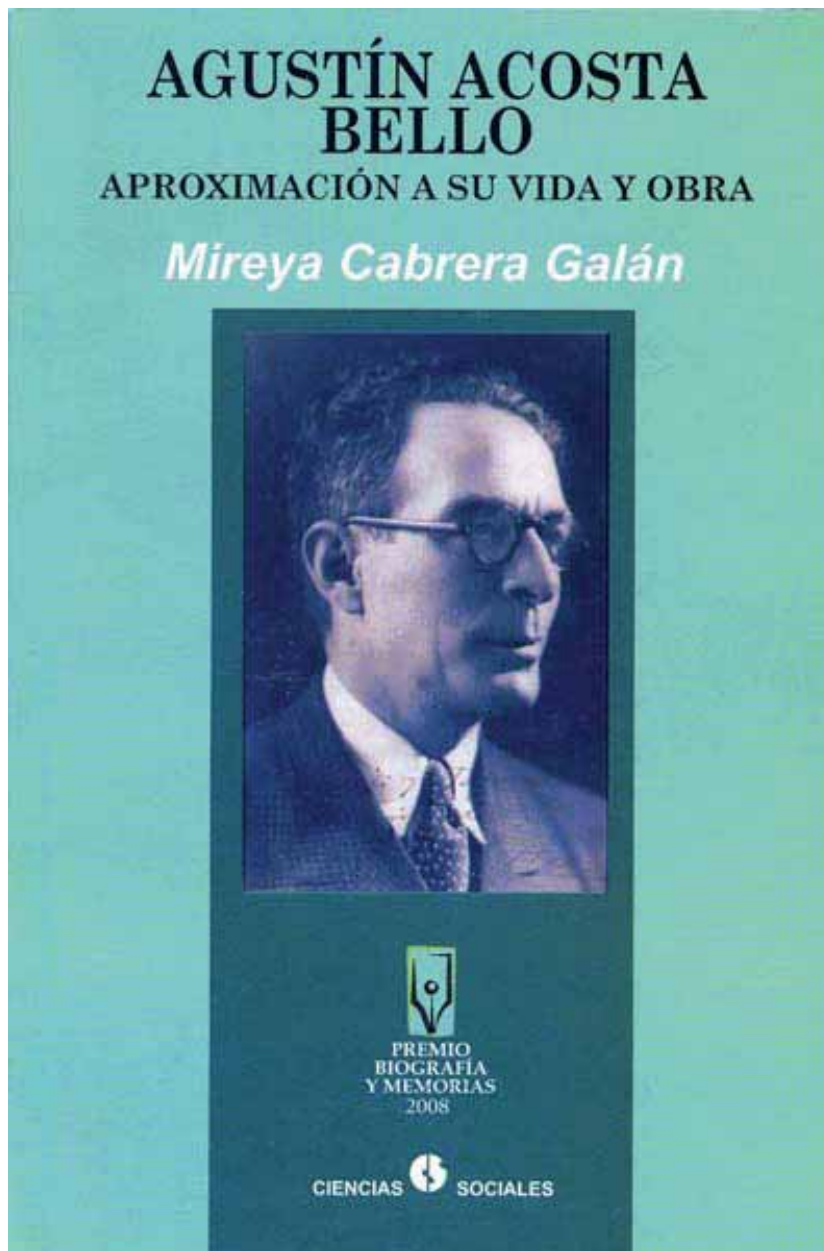
Miguel Hernández, y “Velero”, de un ingenioso y fino erotismo. Mas en otras ocasiones la evocación de la mujer amada está unida a la infelicidad (“Volvieron los duendes”) o al ansioso deseo amoroso (“Este fin de semana no consigo”). De cualquier modo siempre sobresale el canto limpio, la voz sincera que nos asegura: “Me reconforto cada vez que asumo / mi oficio de cantar a la hermosura” (“Oficio de cantar”).

El autor declara tener “la virtud / de no sentirme nunca triste y solo” (“Te engañas, soledad, no necesito”). Sin embargo, en otras ocasiones se decide al admitir que sufre la soledad y que esconde su tristeza (“Volvieron los duendes”). Es una contradicción que se justifica a partir de la confesión que hiciera el gran poeta Walt Whitman: “Me contradigo, sí, me contradigo: soy grande, contengo multitudes”. Son esas multitudes que acompañan siempre a los verdaderos poetas y los hacen sentir hondo, soportar sentimientos encontrados, hablar por otros, afirmar y negar y no aposentarse en ese espacio de certezas indudables en que aseguran situarse, por ejemplo, los grandes políticos.

No todos los trenes pasan por Omatia, claro está; pero la poesía, que no conoce rostros ni razas ni fronteras, bien puede hacer cruzar uno de sus incontables meridianos por esa localidad tunera e iluminar la noche permanente de este poeta, cuya luz interior resplandece en sus poemas. Alejado del bullicio mundano, al igual que Milton o Borges podrá asegurar que “ha perdido solamente / la vana superficie de las cosas”. En cambio Adalberto Hechavarría ha ganado el preciado tesoro de la palabra poética.

Cabrera Galán, Mireya *Agustín Acosta Bello. Aproximación a su vida y obra.* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009. 289 pp.

A partir de la publicación de su primer libro y de sus triunfos iniciales en certámenes literarios, Agustín Acosta recibió un amplio reconocimiento y fue considerado por la crítica uno de los principales renovadores de la lírica cubana. Los títulos que dio a conocer en los años siguientes reafirmaron la



calidad de su producción poética y en particular por medio de *La zafra* (1926) lanzó un sonoro aldabonazo de atención acerca de las interioridades de la vida del cañaveral y de la industria azucarera. Hombre público además, tomó parte activa en la política cubana y por su trayectoria literaria en 1955 fue declarado oficialmente, por decisión de la Cámara de Representantes, Poeta Nacional. Sin embargo, tras el triunfo revolucionario, a pesar de no haber tenido vínculo alguno con la dictadura de Batista, de un modo evidente fue marginado del movimiento literario nacional. Algunos no le perdonaban su militancia en las filas conservadoras y otros lo tachaban de ser un poeta anticuado, representativo de la Cuba pasada, ya sin asidero con la dinámica cultural entonces en boga, muy marcada por el componente ideológico. Nadie podía discutirle sus profundos sentimientos patrióticos, pero por su edad, sus gustos estéticos y su desvinculación del proceso revolucionario para algunos bien merecía ser considerado un cadáver literario.

En Matanzas, ciudad donde había nacido, continuó residiendo Agustín Acosta hasta su salida rumbo a Estados Unidos, por motivos familiares, en 1972, a los 86 años. Desde entonces fue más grueso aún el manto de olvido que en el ámbito cubano cubrió su nombre, hasta que felizmente en 1988 el investigador Alberto Rocasolano publicó una valiosa selección de sus poemas. A aquella acertada labor de rescate ha venido a sumarse ahora Mireya Cabrera con esta voluminosa “aproximación” que obtuvo el Premio Biografía y Memoria 2008.

Sin lugar a dudas esta obra cumple con su principal objetivo: el de dar a conocer la información esencial acerca de la existencia y la obra de este poeta matancero. Para alcanzarlo se acudió a la consulta, según declara la autora, de investigaciones llevadas a cabo en los últimos tiempos por Yolanda Brito, Alicia González y otros autores. A lo largo de su exposición hizo un recorrido desde el nacimiento de Agustín Acosta y su entorno familiar hasta su fallecimiento en Miami en 1979, sin excluir sus inicios literarios, su participación

en El Areópago Bohemio, de Matanzas, y en el Grupo Minorista, de la capital, comentarios acerca de sus principales libros, fragmentos de sus poemas e informaciones sobre su activa actuación en el Ateneo de Matanzas. Todos esos datos contribuyen a trazar el perfil necesario y bastante preciso de un poeta que ya comenzaba a convertirse en una sombra del pasado.

Sin embargo, por motivos que no nos quedan bien claros, la autora prefirió omitir -o sólo mencionar veladamente- algunas facetas de la vida de Acosta que consideramos muy importantes, en particular las relacionadas con su quehacer político. Sólo unas líneas se le dedica a su digna oposición a la tiranía de Machado y a la cívica Carta Abierta que le dirigió a este gobernante, por la cual fue encarcelado (p. 133). De igual modo se anota de pasada que tras el derrumbe del machadato fue designado Gobernador de su ciudad natal y seguidamente se aborda superficialmente, con errores de nombre, de fecha y de conceptos, su destacado papel en el Partido Unión Nacionalista (p. 118), cuya jefatura provincial en Matanzas asumió en 1935 y le propició la conquista de un acta de Senador, que disfrutó durante largo tiempo. Para haber alcanzado tan altas responsabilidades públicas de seguro Agustín Acosta tuvo que haberse trazado un programa político y proponer objetivos, lanzar promesas, hacer declaraciones a la prensa y al menos cumplir con algunos de sus planes. La autora, para nuestro asombro, deja a un lado toda esta notable etapa de la vida de su biografiado. Y si bien recoge que Acosta ocupó la Secretaría de la Presidencia durante el régimen represivo de Carlos Mendieta-Batista-Pedraza, no menciona los duros ataques que por tal motivo le dirigieron los sectores de izquierda y el diario *Ahora*.

Ya dentro del período iniciado en 1959, Mireya Cabrera no alude a la marginación que padeció el poeta, como demuestran algunos hechos irrefutables: sólo pudo publicar un nuevo libro de versos en 1963, en una imprenta privada, a pesar de tener alrededor de una docena de volúmenes inéditos, no aparecieron colaboraciones suyas

en *La Gaceta de Cuba, Unión, Lunes de Revolución, Casa de las Américas* y demás revistas nacionales importantes y su nombre quedó al margen de la emblemática antología *Poesía cubana* (1967), que tuvo ediciones en inglés y en francés. Al igual que en el caso de Dulce María Loynaz, se consideró que su obra resultaba obsoleta, sólo del interés de los estudiosos de las letras nacionales.

Por otro lado, la autora hace varias afirmaciones tan desmedidas que llegan a resultar desconcertantes. Nos dice que hay influencia de *La zafra* en la décima “Cañaveral”, de Nicolás Guillén, sólo a partir de la coincidencia temática y estrófica (p. 157), que en el verso “Aun en el presente oscuro”, perteneciente a un poema de Agustín Acosta publicado en *Bohemia* en 1956, éste manifestaba “su oposición al régimen” (p. 208) y, tras confundir poesía religiosa con poesía católica, denominación ésta mucho más reducida, limitada al catolicismo, incluye dentro de la misma a este autor (p. 178), quien en realidad estuvo siempre mucho más cerca del espiritismo y de la teosofía. Lo impropio de esa inclusión se demuestra además por las manifestaciones anticlericales que vertió en el poema *Jesús* (1957), muy censuradas por su amigo Chacón y Calvo en un comentario que publicó en el *Diario de la Marina*.

También Mireya Cabrera, dejándose llevar por el entusiasmo y sin corroborar bien los datos, después de afirmar que Agustín Acosta en 1955 recibió en la Peña Literaria de Matanzas a Emilio Ballagas, hecho imposible, pues éste había muerto el año anterior, declara enfáticamente que el desempeño cultural llevado a cabo en dicha ciudad por el autor de *La zafra* lo valida “como una de las personalidades máximas de la cultura matancera con trascendencia en el ámbito nacional e hispanoamericano” (p. 205). Igual de excesiva nos parece su aseveración de que la Real Academia de la Lengua Española, al nombrarlo en 1970 Miembro Correspondiente Hispanoamericano en Cuba, reconocía en Acosta “a uno de los más notables cultores del idioma español del siglo XX” (p. 240).

Es de lamentar igualmente que en la elaboración de esta biografía no se haya realizado una búsqueda bibliográfica más profunda. La autora admite que no pudo consultar la revista *Letras* (p. 63), aunque colecciones de esta importante publicación se conservan en las dos principales bibliotecas cubanas. Mas no fue en busca de un mayor número de textos del poeta con el fin de engrandecer su investigación. De haberlo hecho así habría aprovechado, por ejemplo,

los diferentes estudios literarios publicados por Acosta en el *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua* y su muy disfrutable rememoración titulada “Alfonso Camín, Miguel Ángel de la Torre y yo”, que sirvió de epílogo al libro de memorias de su amigo Camín *Entre palmeras (Vidas emigrantes)* (México, 1957).

Los juicios grandilocuentes, los análisis carentes de peso, una prosa a veces poco pulida, las omisiones antes

señaladas y, por el contrario, las reiteraciones innecesarias –como subrayar que José Manuel Acosta fue el ilustrador de *Hermanita* y de *La zafra*– le restan méritos a esta obra, que no obstante satisface la misión principal con que fue realizada: hacerle justicia a un valioso poeta cubano.

García González, Francisco *La cosa humana*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2009. 139 pp.

En la cuentística cubana de los últimos años ha cobrado notable fuerza una corriente temática que centra su interés en la escatología social y en el submundo de la marginalidad. A través de la exposición y el desarrollo del hilo narrativo, saca a relucir aristas de nuestra realidad como la violencia, la prostitución, el robo con fuerza, la degradación moral, el soborno, la emigración clandestina hacia los Estados Unidos, el proxenetismo, las drogas, la corrupción de la policía, la ausencia de valores humanos y un microespacio en el que prevalece la sordidez, la suciedad y la ausencia de escrúpulos. Los personajes que encontramos en estos cuentos no manifiestan el menor apego a un ideal, a una fe, a un proyecto colectivo. Son seres volcados hacia la inmediatez que se entregan sin reparos al placer sexual o al hecho delictivo o a la búsqueda de soluciones materiales sin reparar en los medios. Estas piezas narrativas vienen a presentarnos una imagen actual que deja muy atrás el mundo de las escuelas internas, recreado hace unos años por Senel Paz y Arturo Arango, y más lejos aún los textos de Miguel Mejides y de Omar González que intentaban reflejar el proceso de construcción de la sociedad socialista.

La línea temática que hoy cobra fuerza en la cuentística cubana, cuya relación con los postulados de la postmodernidad no deja lugar a dudas, ya había demostrado tener entre sus principales animadores a Pedro Juan Gutiérrez, Ángel Santiesteban y Ángel Pérez Cuza, autores, en ese orden, de *Trilogía sucia de La Habana* (Barcelona, 1998), *Los hijos que nadie quiso* (2001) y *Ternera macho y otros absurdos* (Sevilla, 2007). A esta relación ha veni-



do a sumarse ahora Francisco García González con *La cosa humana*, libro que obtuvo el Premio Rafael Soler, de Santiago de Cuba, en 2008.

Integrado por siete cuentos de lectura nada complaciente, el presente volumen nos proporciona un reflejo de la circunstancia cubana que está muy lejos de corresponderse con la imagen oficial que se pretende transmitir. En sus páginas encuentran espacio la joven prostituta y su retorcido entorno de amistades (“Te va a doler”), el grupo organizado de delincuentes comunes (“La cosa humana”), el oficial de policía corrupto (“Sancocho”), el tráfico de drogas (“Las gordas no van al cielo”), el destino de los orientales o “palestinos”, que para progresar tienen que trasladarse a La Habana (“Enfisema pulmonar”). En el estilo narrativo prevalece el desenfado, que en no pocos momentos se combina con el humor, la hipérbole y la irreverencia política. Mención aparte merecen los cuentos titulados “Madre coraje”, en el que la frustración materna se acopla con la aberración sexual, y “El olor de la manteca”, acertada exposición metafórica de un proceso de brutalidad ejercido contra la mujer.

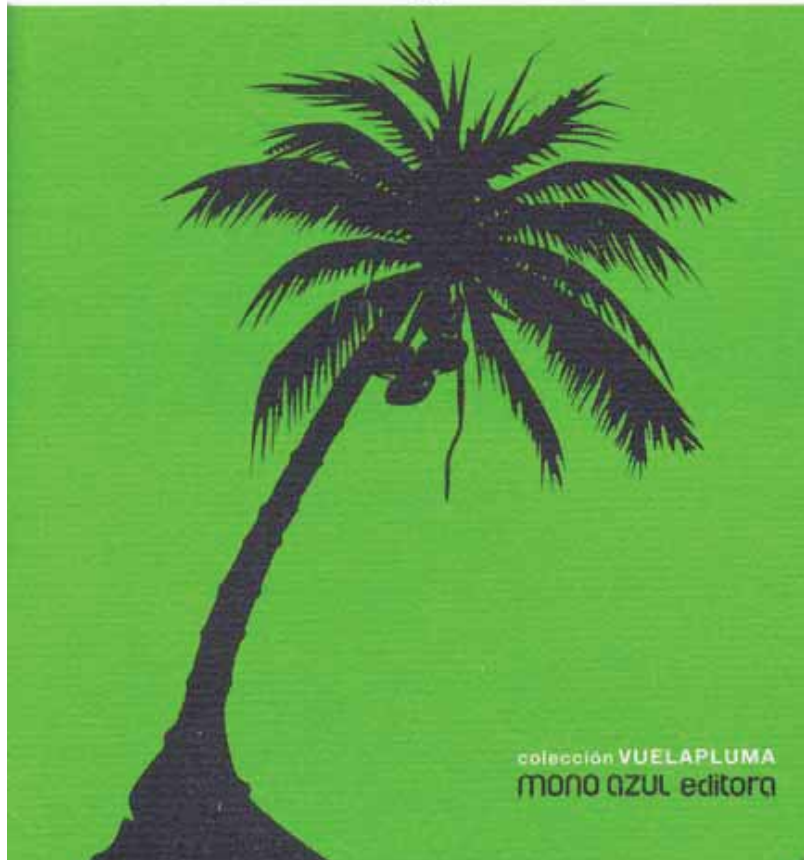
La cosa humana es sensible también a ser tomada, de modo oblicuo, como literatura de denuncia, aunque probablemente esta no haya sido la intención del autor. Ni siquiera es posible asegurar que haya asumido una perspectiva realista al escribir estos cuentos, pues en varias ocasiones resulta notorio que le concede a sus historias una alta dosis de fabulación. Sin embargo, es un libro que provoca inquietud y cierto desasosiego y al igual que los otros títulos ya mencionados nos hace preguntarnos: ¿es esta la verdad, o al menos parte de la verdad, que se oculta ante nuestros ojos?

García Méndez, Luis Manuel *diario delirio habanero*. Sevilla, Mono Azul Editora, 2010. 308 pp.

No son pocos los libros impresos en los últimos años en España que, con el fin de satisfacer una curiosidad permanente de gran parte de la ciudadanía española, persiguen exponer un agudo

diario delirio habanero

luis manuel garcía méndez



análisis de la compleja y muy peculiar sociedad cubana actual. Entre ellos se encuentran *Mañana Cuba* (2005), del narrador segoviano Andrés Sorel, y *La casa de cristal* (2009), de la periodista Isabel García Zarza, durante un tiempo corresponsal en La Habana. A esa relación ha venido a incorporarse ahora el presente diario del narrador y periodista Luis Manuel García, quien a diferencia de los autores anteriores es de origen cubano y antes de marchar en 1994 a establecerse en Andalucía residió en nuestra capital, donde se desempeñó como uno de los principales redactores de la revista *Somos Jóvenes* y publicó varias obras, como el

libro de cuentos *Los forasteros* (1988) y *Habanecer* (1993), Premio Casa de las Américas. Con esas ventajas y un sólido nivel de información, adquirido desde la niñez, por supuesto que a él le ha resultado más fácil adentrarse en la observación crítica de nuestra realidad, casi siempre poco menos que imposible de traducir a un extranjero, habituado por lo general a desenvolverse en un medio libre de tantas reglamentaciones estatales.

Escrito de acuerdo con la estructura de un diario, que ya había elegido en la obra de ficción *Habanecer*, este libro es el fruto de la visita que el autor realizara a esta capital en el verano

pasado, después de una prolongada ausencia. A lo largo de los quince días que abarcó su estancia fue recogiendo sus apreciaciones de la situación económica y política del país; pero mayor importancia le otorgó al ambiente social, a la circunstancia concreta que debe enfrentar el ciudadano común que habita en Cuba. Las carencias y las limitaciones materiales, la emigración, la penosa supervivencia, el desgaste provocado por los sueños baldíos y la depauperación imperante en un país a cuyo horizonte no asoma la luz del progreso quedan reflejados en estas anotaciones, que incluyen además noticias del ámbito familiar, recuerdos y anécdotas. De igual forma se intercalan resúmenes históricos, datos reveladores y resultados estadísticos que permiten alcanzar un mayor conocimiento tanto del presente como del pasado cercano de Cuba.

Luis Manuel García da muestras en el presente diario de un buen manejo de los conocidos recursos periodísticos y por medio de una prosa ágil y dinámica, el empleo de asociaciones recurrentes y giros humorísticos, que en no pocas oportunidades se deslizan hacia el ya proverbial choteo criollo, se distancia de las normas de elaboración de un texto académico. Sin embargo, entre bromas de cierto nivel cultural y chistes populares, nos ofrece muy serios análisis de la realidad cubana profunda, esa que no aflora en el discurso oficial que se difunde a través de los órganos de divulgación nacionales.

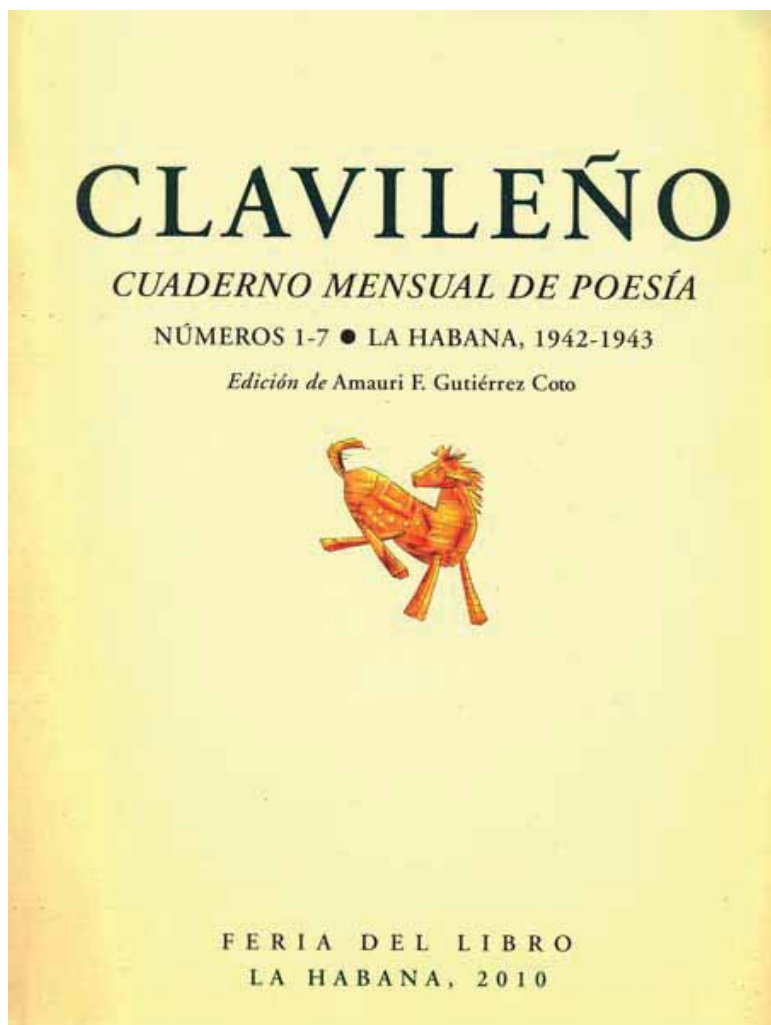
Aunque escrita por un reconocido intelectual, esta obra no se adentra, sin embargo, en el ámbito de la cultura cubana y permanece casi siempre dentro del marco histórico-social o en el familiar. Quedará decepcionado el que busque en sus páginas el reflejo de nuestro mundo literario, la presencia o la voz de otros escritores. Según parece, el autor prefirió durante su estancia en La Habana mantenerse alejado de esos contactos y sólo hace alusión a sus afortunadas compras en las librerías y al feliz rescate de gran parte de su biblioteca. En cambio nos proporciona detalles y valoraciones acerca de la calidad de algunos restaurantes habaneros.

Al igual que otros muchos libros sobre el enrevesado tema de Cuba, este diario posiblemente se hará obsoleto dentro de unos años y quizás pase pronto a ser sustituido por otros textos igualmente volcados hacia el minuto histórico de nuestro país. Sin embargo, por sus agudas y ricas apreciaciones, por la información histórica y estadística acerca del presente cubano y por la variedad de detalles que nos brinda, esos que nunca aparecen recogidos en los estudios de los sociólogos, economistas e historiadores, la presente obra quedará como un valioso y acertado corte sincrónico de Cuba en el ardiente verano de 2009.

Clavileño. Cuaderno mensual de poesía. Edición de Amauri F. Gutiérrez Coto.

Andalucía, Editorial Renacimiento–Junta de Andalucía, 2010. 174 pp.

Nadie puede negar el proceso de renovación cultural ocurrido en Cuba durante la década 1940-1950, que no de modo fortuito coincidió con un período de estabilidad democrática y de progreso económico. Durante aquellos años fueron publicadas importantes obras de Carpentier, Guillén, Lezama, Mañach, Fernando Ortiz y otros sobresalientes autores, el teatro cubano se adentró por fin en la modernidad, ocurrió una revitalización de la narrativa breve, se incrementó el número de los interesados en la especulación filosófica, se constituyó el Ballet Alicia Alonso, surgió el Grupo de Renovación Musical y



se fundaron tres nuevas universidades en el país. En relación con las publicaciones periódicas de corte cultural, podemos decir que a las ya existentes, de notable nivel, como la *Revista de la Universidad de La Habana* y la *Revista Bimestre Cubana*, se sumaron entonces otras como *Espuela de Plata*, *Lyceum*, *Nadie Parecía*, *Orígenes*, *Gaceta del Caribe* y *Clavileño*.

Esta última revista literaria, que tuvo en el poeta y periodista Gastón Baquero a su principal animador, había quedado con el paso del tiempo como una de las publicaciones menos conocidas de las que más tarde desembocaron en *Orígenes*, principal órgano del grupo homónimo de poetas. Ahora, gracias al esfuerzo mancomunado del investigador Amauri F. Gutiérrez Coto y de la Editorial Renacimiento, de Sevilla, la cual ya con anterioridad había realizado ediciones facsimiles de *Nadie Parecía* y de *Verbum*, podemos tener impresos en un volumen los cinco números físicos de *Clavileño* que vieron la luz. De un modo mucho más práctico se nos facilita acceder así a los versos de Cintio Vitier, Eliseo Diego, Emilio Ballagas y otros poetas que dio a conocer a lo largo de sus salidas mensuales, de agosto de 1942 a febrero de 1943.

Bajo el título “Un sol que no se puso”, Gutiérrez Coto nos presenta inicialmente una sustanciosa y larga introducción que no sólo aporta informaciones valiosas acerca de las características de esta revista, su orientación estética y sus contenidos, sino también acerca de su vida interna, las contradicciones de sus editores, la actitud de Lezama Lima hacia ella y los ataques que recibió desde los editoriales de la *Gaceta del Caribe*, de orientación comunista, la cual no aceptaba la espiritualidad católica ni el desinterés político de *Clavileño*, menos aún en momentos en que se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial.

En la introducción el autor también se propuso dejar fuera de toda sospecha la pertenencia de Baquero al Grupo Orígenes y, al mismo tiempo, descartó la posibilidad de considerar “origenistas plenos” (p. 24) a Virgilio

Piñera, Lorenzo García Vega y Justo Rodríguez Santos, no obstante haber colaborado los tres en la conocida revista que editaron Lezama Lima y José Rodríguez Feo, sobre el fundamento de que ellos, a diferencia del resto del grupo, no eran creyentes católicos. En este punto marcó una regla de oro tan excluyente como merecedora de ser admitida. Sus palabras son categóricas: “La catolicidad es un elemento imprescindible para lograr una definición del Grupo Orígenes...” (p. 24). A juicios como este suma el autor una variada información siempre digna de interés; pero en no pocas ocasiones expuesta de un modo atropellado, por medio de saltos de un tema a otro, lo cual afecta el desarrollo de enlaces plenamente coherentes.

El volumen cuenta además con un valioso cuerpo de notas exhaustivas, que se detienen con rigor en los detalles, y con un Anexo que incluye la ficha bio-bibliográfica de los editores e ilustradores de *Clavileño*, una muy útil relación de los títulos impresos bajo el sello de las ediciones *Espuela de Plata*, *Clavileño* u *Orígenes* y noticias acerca de la polémica entre *Gaceta del Caribe* y Gastón Baquero. Por último se reproducen algunos artículos de este periodista y poeta que igualmente enriquecen nuestro conocimiento acerca de la revista.

No deja de resultar deplorable el elevado número de erratas que padecen la introducción y el Anexo. Sin embargo, más de lamentar aún nos resulta que Gutiérrez Coto en su estudio no haya mencionado siquiera la revista semanal *La Verónica* (26 octubre 1942 –30 noviembre 1942) y que se le hayan escapado los evidentes vínculos entre esta y *Clavileño*. Las dos publicaciones no sólo fueron coetáneas y tuvieron como colaboradores comunes a Cintio Vitier, Justo Rodríguez Santos, Mariano Brull, Concha Méndez y Manuel Altolaguirre, este último director de *La Verónica* y, el año anterior, miembro del Consejo Asesor de *Espuela de Plata*; ambas coincidieron además en homenajear a San Juan de la Cruz en el cuarto centenario de su natalicio (1542-1942) y en exaltar la

mística española. Curiosamente las dos reprodujeron textos de Horacio y de San Agustín y si *La Verónica* tomó escritos de Saavedra Fajardo, *Clavileño* lo hizo de Gracián, ambos autores clásicos españoles. Este mensuario incluyó en sus páginas una reflexión de Martín Heidegger y en el hebdomadario de Altolaguirre apareció el pensamiento de otro filósofo alemán, Federico Nietzsche. En otro número reprodujo una prosa poética de Francisco José Castellanos y la revista de Baquero, por su parte, sacó del olvido un soneto de Ramón Zambrana, en lo que constituyeron rescates de dos autores cubanos fallecidos décadas atrás. Si en *Clavileño* “las fuentes católicas son predominantes” (p. 58), como bien afirma Gutiérrez Coto, casi otro tanto puede decirse de *La Verónica*, de elocuente título, y en particular de su último número.

Como puede observarse a partir de las anteriores analogías, hubo al menos un canal de comunicación entre estas dos revistas literarias habaneras y no creemos posible que se hayan desconocido mutuamente. Hubiera sido de mucho interés seguir esta pista que enlaza *La Verónica* y *Clavileño*. Igualmente es de deplorar que en el estudio introductorio no se haya tomado en cuenta el resumen “Tendencias de nuestra literatura”, redactado por el propio Baquero e incluido en *Anuario cultural 1943* (1944), en el cual se ofrecen atendibles apreciaciones sobre esta revista literaria. No obstante esas ausencias, quizás reparables a través de una investigación futura, debemos dar gracias por la presente edición facsímil de una publicación que merece ser recordada.

